

V-22

# SERMON

sobre la existencia de Dios y  
necesidad de la Religión

PREDICADO EN EL CONVENTO DE TRINITARIOS  
DE  
ALCAZAR DE SAN JUAN

POR EL CANÓNIGO DE LA METROPOLITANA DE MANILA

*Ilustre Sr. D. Cesar de Anaya y Castellanos,*

EL 1.º DE ENERO DE 1896



A. M. D. G.

S.L.C.  
40-2

1896

Establecimiento tipográfico de A. Castellanos y Hermano  
ALCAZAR DE SAN JUAN



488097

21014852

S. L. C.  
40-2

# SERMON

sobre la existencia de Dios y  
necesidad de la Religión

PREDICADO EN EL CONVENTO DE TRINITARIOS  
DE

ALCAZAR DE SAN JUAN

POR EL CANÓNICO DE LA METROPOLITANA DE MANILA

*Ilustre Sr. D. Cesar de Anaya y Castellanos,*

EL 1.º DE ENERO DE 1896



---

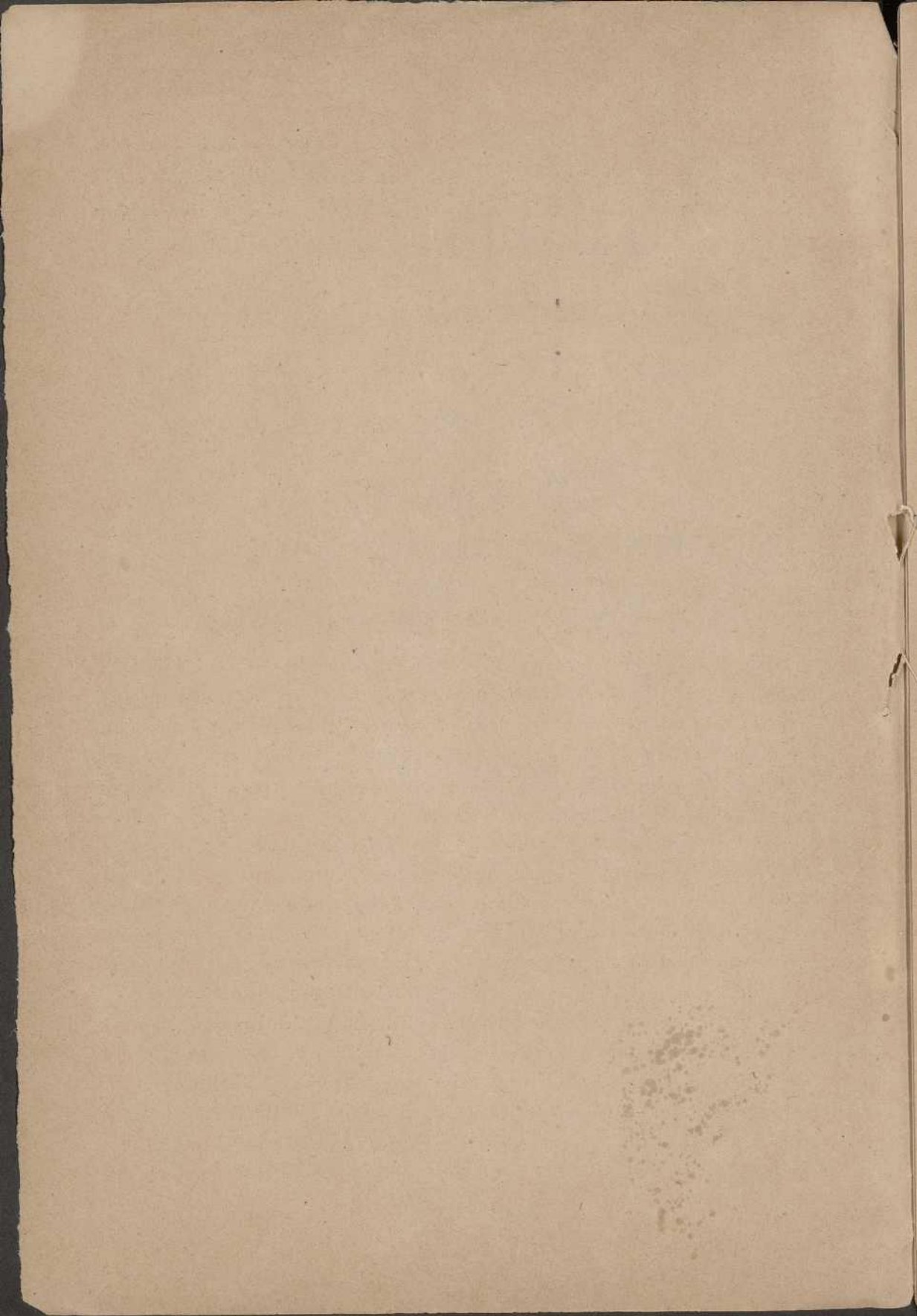
A. M. D. G.

---

R. 13107

1896

Establecimiento tipográfico de A. Castellanos y Hermano  
ALCÁZAR DE SAN JUAN





*Dixit insipiens in corde suo: non est Deus.*

Dijo el necio en su corazón: no hay Dios.  
(Salmo 13, verso 1.º)

Mis queridos Hermanos en N. S. Jesucristo: Más de veinte años hace que no he tenido la satisfacción de dirijiros la palabra divina, desde esta sagrada cátedra. Mi corazón tiene, por lo tanto, que palpar, en estos momentos, de gozo y de entusiasmo, al verme después de tanto tiempo entre todos vosotros, congregados por fortuna bajo estas antiguas bóvedas religiosas, sostenidas y defendidas hoy por esta virtuosa y venerable comunidad de Trinitarios, que nos convidan y obligan dulcemente á la oración y al recogimiento. En este mismo lugar, en este mismo hermoso templo, donde varias veces se ha levantado mi voz para venerar, bendecir y adorar á la segunda persona de la Trinidad Santísima, á nuestro humildísimo y divino Jesús, en este mismo sitio vengo hoy á reproduciros mi antigua predicación, aunque por desgracia en tono más experimentado y más desconsolador; no ya tan sólo por los desengaños naturales de mi edad, sino más principalmente por las consecuencias funestas que en vosotros han producido los tiempos descreídos y peligrosos que alcanzamos. ¡Ay, Hermanos míos! cuán diferente la predicación de mis años primeros á los de hoy; enton-

ces me ocupaba tan sólo de corregir las costumbres, más ó menos relajadas; pero jamás de vuestras fieles creencias, que las conservábais en los corazones bien fuertes y bien arraigadas: ahora obliga al sacerdote á ocupar la sagrada tribuna misión más triste y desconsoladora. ¡Ah, si viviera en nuestros días el Apóstol de las gentes! Si el inmortal San Pablo resucitara y viera estendidos en este desgraciado pueblo, cual se encuentran hoy, el excepticismo y la impiedad, ¿con cuánta más razón que aun en su tiempo de gentilismo, con cuanta más razón procuraría preservar á los buenos católicos, del contacto de esa impiedad; con cuánta más razón usaría de aquel celo fuerte y apostólico que siempre le distinguió, y con cuánta más razón combatiría sin descanso vuestra moderna y necia incredulidad? Pues bien, Señores míos: si ya no existe por desgracia un San Pablo entre nosotros, no extrañéis que alguno de sus más ínfimos sucesores, deseando y pidiendo á Dios alguna parte de aquel grande espíritu, procure seguir las huellas de tan insigne Apóstol y trate de inculcaros, como él, una doctrina pura, sí, una doctrina elevada y sabia; pero una doctrina también enérgica y llena de vigor: por que mirad que vivimos en unos días malos; reparad que han llegado ya los tiempos en que es menester sostener con firmeza nuestras creencias; observad que no se pretende ya negar solamente alguno ó algunos dogmas del Cristianismo, que se trata de derribar todo entero el baluarte de la Iglesia; que se trata de una acción decisiva cuyo resultado sea el destierro de la Fé y el olvido completo de las prácticas religiosas; y si para conseguirlo se necesita negar hasta la existencia de Dios, y despreciar la Religión, no importa, Señores, todo se niega y todo se desprecia; ¿qué extraño es que como católico, y sobre todo como sacerdote, me presente hoy en batalla contra la incredulidad, y trate de sostener la verdad que asiste á nuestra causa? Si, Hermanos míos, cumpliremos nuestra misión con fé y con valor; demostraremos invenciblemente la existencia de ese gran Dios que se pretende negar, y os haremos también conocer la imperiosa ne-

cesidad de conservar y sostener nuestra santa Religión, como fundamento que es de nuestra ilustrada sociedad.

Yo bien comprendo, Señores míos, que estas importantísimas proposiciones debieran defenderse por voces todavía más autorizadas que la mía; pero por si á alguno le pareciese inoportuno el que emprenda ó arrostre hoy un trabajo tan delicado, yo le responderé con toda mansedumbre, primero, que en la edad de nuestros antepasados, que tan firmes se hallaban en la fé, no había necesidad de estos sermones; pero en nuestros tristes días, en que la incredulidad hace, por desgracia, tantos progresos, son precisos, son muy necesarios: y en segundo lugar, que aun que conozca bien mi debilidad é insuficiencia, conozco al mismo tiempo el fastuoso aparato de los enemigos de la Religión; y como soy ministro del Señor, creo que debo ahora y siempre trabajar en su Iglesia con mis escasos talentos, esperando, no sólo la victoria, sino que Dios producirá también los frutos según el propósito de su adorable voluntad. Sí, Jesús amabilísimo, Dios de las virtudes, como vuestro Padre Eterno; omnipotente y sabio como el Espíritu Santo; yo, desde el abismo de mi nada, conducido por aquella luz con que iluminásteis el espíritu de los primeros cristianos, me levantaré hasta el trono de vuestra grandeza y publicaré y repetiré á todos mis oyentes que existís ab-eterno, y que se os deben homenajes dignos de vuestro Ser.

Concededme, Señor, la gracia necesaria para desarrollar mis pensamientos en el provecho de mis prógimos, á cuyo fin imploramos la protección de vuestra Santa Madre, obligándola doblemente con el recuerdo de la salutación que en otro tiempo la hiciera vuestro embajador Celestial. *Ave-Maria*

*Dixit insipiens etc. etc.*

Mis queridos Hermanos: Si reuniéndonos por algunos momentos dentro de nosotros mismos, tratamos de investigar ó descifrar

las inclinaciones más profundas de nuestra naturaleza, descubriremos fácilmente que todos hemos sido formados para la verdad. En efecto, Señores; yo experimento dentro de mí mismo que mi sér todo entero me arrastra hacia la verdad, y que mi entendimiento está tan sediento de ella como mi corazón de felicidad. Ahora bien; si todos hemos sido formados para la verdad, ¿será posible que carezcamos de medios para conocerla? No, Señores míos; la inteligencia, que es el gran dote de nuestra naturaleza, nos ha sido concedida para distinguir perfectamente el error, de la verdad. Pero ¿y en qué consiste que á pesar de este amor secreto á la verdad, esté tan extendido el error, que extravía tan frecuentemente al sabio como al ignorante? Muchas son las causas que pueden conducir al hombre por los caminos del error; pero entre tantas y tan diversas, las más comunes, y á mi juicio las más principales también, son la debilidad de la razón, los conocimientos imperfectos, alguna vez la ciencia misma, pero sobre todas en general, el orgullo insensato, origen fatal del ateísmo y de la falta de religión.

El hombre, Hermanos míos, colocado entre el ser y la nada, presenta por las facultades de su alma, algunos rasgos verdaderamente extraordinarios; pero este hombre, al mismo tiempo, se resiente de las miserias de toda criatura; está dotado de entendimiento, pero su inteligencia es muy limitada; por consiguiente, ¿qué extraño es que esté sujeto á mil y mil errores, si estos no son más que la consecuencia natural de la debilidad de la razón? Supongamos, sinó, una persona en quien se reúnan, el talento más perspicaz, el corazón más recto y la más vasta instrucción; nunca habreis formado mas que un sér terreno, algún tanto perfeccionado, pero siempre un ser humano, y por consiguiente de facultades pequeñas, de facultades limitadísimas; y precisamente la que constituye su más grande prerrogativa en este globo, le descubre al mismo tiempo su debilidad en todo; por que tan imposible le es al hombre vivir á cubierto de todo error, como vivir exen-



to de toda falta. Sí, Señores, el hombre está condenado á pagar tributo á la debilidad de su inteligencia, de su corazón y de toda su naturaleza, y su único remedio consiste en ilustrarse más y más sobre lo que está obligado á saber y creer, teniendo mucha prudencia en sus juicios y resoluciones; pues la ciencia, hasta ahora, es muy incompleta, siendo esta precisamente otra de las causas de nuestros muchos errores, á saber, los conocimientos imperfectos.

Nada hay más general en nuestros días que ver á ciertas personas de alguna instrucción, sí, pero de un talento mediano, contentarse con un estudio superficial y vago, y tocar ligeramente todas las cuestiones sin profundizar ninguna. Una de las principales manías de estos pequeños talentos, es, con poco estudio, quererlo saber todo; y de esa ligereza en el discurrir, y pequeñez de entendimiento, ha procedido en nuestro país, de poco tiempo á esta parte, ese prurito por crear sistemas ridículos en materias de moral, de política, de educación y de todo, con los cuales no se consigue, ni se conseguirá otra cosa, que extraviar y trastornar las pobres inteligencias. De estos son de quienes Pascal ha dicho en sus célebres pensamientos, que tienen alguna tintura de la ciencia, se hacen los entendidos, turban al mundo con su presunción, y juzgan de todo peor que los demás.

Os he indicado también que otra de las causas de nuestros juicios errados puede ser, alguna vez, la ciencia misma, y no os extrañe, oyentes míos; por que tened entendido que no basta poseer un gran caudal de conocimientos, es preciso que el entendimiento tenga la fuerza necesaria para soportarlos, y bastante penetración para discernirlos y darles su justo valor. Sin esto existirán los materiales, pero no el arquitecto capaz de formar con ellos la obra; por eso la ciencia sin el juicio servirá solamente para extraviar al que así la posea, y por eso se dice también que una medianía juiciosa vale mucho más que un saber presuntuoso.

Ultimamente; el orgullo insensato es la causa más poderosa de nuestros juicios errados, y el enemigo también más poderoso de la

verdad. En efecto, Señores, el hombre se ama naturalmente á sí mismo; pero este sentimiento legítimo y necesario degenera fácilmente en exceso, y de aquí proviene, como es lógico, aquella afición ciega y desenfrenada á las opiniones y producciones de nuestro entendimiento. Esta funesta pasión nos excita á querer dominar los ánimos de todos y á mandar, si posible fuera, hasta en los pensamientos. Por ella despreciamos los conocimientos ajenos: por ella no admitimos ni nos sujetamos á la autoridad de los sabios y de la experiencia; por ella, en una palabra, preferimos extraviarnos yendo solos, á seguir el camino trazado por la sabiduría. El error, es claro, que principia casi siempre por una simple opinión; pero el orgullo irrita nuestro entendimiento, y como la razón tiene cierta intemperancia, así como la tiene el corazón, de opinión en opinión, y de error en error, se llega pronto al caos, sucediendo después, que, lo que al principio era sólo un punto negro, llega luego á ser, por nuestra soberbia, una densa nube casi imposible de disipar. Así mismo sucede con los ateos: la recta razón, el sentimiento, la ley del género humano y el Universo entero, nos hablan con claridad, de una Suprema inteligencia; pero queriendo el orgullo del hombre indagar cuál es su naturaleza y de qué modo existe, intenta penetrar lo impenetrable, quiere comprender lo incomprendible, y el resultado es extraviar completamente su entendimiento, formar opiniones cada vez más erróneas, hasta atreverse á dudar de esa Suprema inteligencia; es decir, Señores, hasta llegar luego á negar la existencia del mismo Dios. ¡Ved, oyentes míos, la imagen del ateo, que blasfema de la Suprema Magestad, por que su inmenso peso abrunda su necio orgullo y su debilidad! Mas, como, desgraciadamente, se hace necesario escuchar en el día, hasta con calma y serenidad, las razones y defensas del monstruoso ateísmo, descubramos cuáles sean sus principales argumentos, ya que nos vemos obligados á refutarle, y pronto los hallaremos reducidas y condensadas por uno de sus más célebres partidarios á las tres siguientes aserciones: 1.<sup>a</sup> «No se comprende

á Dios.» 2.<sup>a</sup> «No se le vé.» 3.<sup>a</sup> «Todo se explica sin Él.» Primera objeción, no se comprende á Dios: Es indudable, Hermanos míos, que el Dios á quien adoramos es un Sér incomprendible, y de ello nos gloriamos en lugar de empequeñecernos; por que aun cuando tuviéramos toda la elegancia del language más escogido, las luces de los más bellos ingenios, y la sutileza de las inteligencias más claras, jamás podríamos esplicaros lo que es este Sér divino. Sólo Dios puede conocerse á sí mismo; porque la sabiduría, el poder y la bondad sin límites, atributos del Señor, en un grado infinito, no pueden ser comprendidos sino por una inteligencia también ilimitada, es decir, infinita. De forma, Señores, que la incomprendibilidad es de tal modo esencial á la naturaleza divina, que el no creer en Dios por que es incomprendible, es no creer en Él por que es Dios; lo cual sería, por cierto, una candidísima razón. Además, de la incomprendibilidad no se deduce la negación de la existencia; pues yo no comprendo cómo nuestra alma se halla unida al cuerpo, y, sin embargo, esta unión es un hecho; yo no acierto á comprender bien ese gran sistema que conserva en equilibrio al globo que habitamos en la inmensidad de los espacios siderales, y la gravitación universal no es por eso menos cierta; en una palabra, yo no conozco estos y otros y otros fenómenos naturales, y por que no los conozca, no voy á tomar el partido de no creerlos: y si esto sucede en las cosas sensibles, casi tangibles, ¿qué diremos de las que son infinitamente superiores á nuestro limitado entendimiento?

La segunda aserción del ateismo, para querer probar que no existe Dios, está fundada en que no se le vé; y si absurdo era el primer argumento, no lo es menos el segundo, que vamos en seguida á rebatir. Para conseguirlo yo quisiera preguntar á todos mis caros oyentes, si alguno ha tenido la dicha de ver á su memoria como vemos á este templo, ó si, á la luz del sol, ha podido medir las dimensiones del entendimiento. Estoy seguro que todos vosotros contestareis negativamente; y, sin embargo, no hay ni uno

sólo que haya puesto en duda la existencia en el hombre de estas dos facultades. El ateo, Señores, para creer en Dios, quisiera que se manifestase á nuestros ojos, cual se descubre nuestro cuerpo; ¿y quién es el hombre para pretender de la sabiduría infinita tal exigencia? Justo y sabio el Dios todo poderoso, ha dejado bastante luz para los que le quieren ver, como dice también el gran Pascal, y bastante obscuridad para los que tienen una disposición contraria.

Ultimamente; el tercer argumento del ateísmo se reduce á la pretensión de explicarlo todo sin recurrir á Dios; pero á mí se me ocurre preguntar inmediatamente, pues ¿á quién será debida la existencia de la materia, si no se recurre á Dios? Porque si la materia no es la obra de un Dios creador, será preciso decir que existe por sí misma, que es eterna, que por su naturaleza existe necesariamente, y que por lo tanto es lo que los metafísicos llaman «el sér necesario.» Ahora, bien; si hay alguna cosa demostrada en metafísica, es, que el sér necesario tiene todas las perfecciones, ya de inteligencia, como de bondad, justicia, etc. etc. por consiguiente, si la materia es este sér necesario, será preciso atribuirle todas estas perfecciones. Aun hay más; cada partícula de materia existe necesariamente; luego es también soberanamente perfecta: por lo tanto, una piedra cualquiera, un cristal ó un pedazo de hierro, serán soberanamente justos, bondadosos, inteligentes, etc. etcétera. ¡Ved. Señores, á qué extremo nos conduce el ateísmo! Y ved también cómo, por desechar el ateo al Dios verdadero, inunda de dioses falsos á todo el Universo. A la verdad, oyentes míos, que los ateos, con sus argumentos ridículos, y especialmente con su materia *bondadosa y sabia*, se muestran á nuestros ojos más insensatos que los verdaderos dementes. Luego, abjuremos, mis queridos Hermanos, desechemos todos los tenebrosos sistemas del ateísmo, y declarémonos altamente á favor de la existencia de Dios, idea que las naciones y los siglos han reverenciado siempre como el verdadero fundamento de la moral y de la ciencia. Dios

existe, Señores; los frágiles apoyos del ateismo nos lo acaban de probar. La razón, la ley del género humano y el Universo entero nos hablan de esta verdad. El orden que se nota en la gran fábrica del Universo nos descubre un Supremo ordenador; porque ni la materia puede ser causa prima, ni la fuerza puede tampoco ser su inteligente propiedad, pues tanto la una como la otra obedecen á leyes de las que no se pueden sustraer, y estas leyes, sabiamente ordenadas, nos revelan la existencia de una inteligencia Suprema; nos descubren, como he dicho, un Supremo ordenador. Además, oyentes míos, la gradación que observamos en todos los seres, nos hace llegar encadenada y lógicamente al infinito primer Sér, y los absurdos y los delirios que se desprenden del ateismo y materialismo, que pretenden derivar las funciones del espíritu de las propiedades de la materia, como si la materia con la fuerza pudieran producir el pensamiento, y darse á sí mismas, y elaborar con sus inconscientes elementos, lo que llamamos la conciencia: estos espantosos absurdos, repito, del ateismo y materialismo reunidos, así como en contraposición á estos delirios, las grandes ventajas y utilidades inmensas que nos reporta la creencia en nuestro Dios, nos prueban con evidencia la existencia del Creador. Si, Hermanos míos; la idea de Dios es útil y ventajosa para todos nosotros; pero no sólo nos es útil y ventajosa, sino que es además muy necesaria; porque nada puede llenar á nuestro espíritu y á nuestro corazón, sino lo infinito; es necesaria también á nuestra moral, porque sus preceptos no tendrían imperio si no se viese en ellos la voluntad del Señor; es necesaria, además, á las ciencias, las letras, y á las artes, para que los hombres todos se inspiren y se apoyen en lo más grande y noble que la imaginación puede crear; porque la idea de Dios se puede considerar como la Suprema unidad armónica del mundo, y por consiguiente también de la sociedad. Unidad armónica que en lo ideal, la ciencia le apellida verdad, el derecho la justicia, el arte la belleza, la moral el bien y la religión la síntesis, es decir, Dios; en una palabra, Hermanos míos, la sublime idea de

este gran Dios es necesaria al género humano en general, porque si se destruye este sentimiento en el corazón del hombre, se destruye también la barrera más fuerte que se puede oponer á sus malas inclinaciones.

Pues bien, Señores; siendo, como veis, una verdad clara la existencia de Dios, y debiéndole el hombre la vida misma y todo cuanto es, este hombre contrae, siquiera por gratitud, la obligación sagrada de rendirle sus más caros homenajes; es decir, de tributar un culto dignísimo á su grandeza y divinidad. De aquí toma su principio el espíritu de la Religión; de aquí nace para nosotros el culto religioso. Más, como no existiendo Dios, según hemos demostrado, la sociedad no puede ser atea, por que sería contra la naturaleza de los seres que la componemos, obligados ya como estamos á rendirle tributo de adoración, resulta lógicamente que nuestra sociedad necesita establecer un culto sublime al Hacedor; ó lo que es igual, necesita y se ve obligada á establecer una verdadera Religión que la sirva de base y fundamento: base y fundamento al mismo tiempo de la moral y de la ley, pues es una verdad reconocida por las buenas inteligencias, sancionada por la experiencia, y muy sabida á fuerza de repetirse, que la sociedad bien ordenada se funda en las justas leyes, las leyes en la moral, y la moral en la Religión. Pero si hubiéramos, de dar oídos á ciertos novadores modernos, que se han atrevido á impugnar hasta aquellas primeras verdades que todos los pueblos han respetado, como sagradas, creeríamos que ellos solos han conocido el secreto de regir y hasta de perfeccionar el mundo social; más, caminando nosotros sin pasión, y dejándonos guiar por las luces de la sana razón y de la experiencia, nos convenceremos muy pronto de que es imposible que en esa sociedad bien ordenada y culta prevalezca el espíritu irreligioso sin que deje de causar la ruina del orden público y también de la moral. En efecto, Señores; si aun en aquellos pueblos donde, por fortuna, la Religión ejerce su saludable influjo, se cometen multitud de injusticias y atentados contra las leyes y la

autoridad, ¿qué sería si se les quitase la religión, que es la barrera más fuerte que se les puede oponer? Entonces veríamos, con seguridad, turbada la paz de las familias, y la tranquilidad de esos mismos pueblos, por el libertinaje y la discordia; á los desórdenes que las leyes castigan, se unirían los que las leyes apenas pueden castigar, y aquejado el cuerpo social por la levadura de corrupción, amenazaría, de seguro, una disolución general. No lo dudeis un momento, Señores; sin la Religión veríamos el mundo lleno de esposos sin unión, de hijos sin respeto, de hermanos sin amor, de criados sin fidelidad; veríamos más que nunca, seres desnaturalizados, que libres del freno de una educación religiosa, aprenderían desde su infancia las perversas costumbres del criminal y presentarían á los tribunales el horroroso espectáculo de un malhechor, en la edad misma del candor y de la inocencia. Sin religión, este mismo criminal marcharía al patíbulo, con sangre fría, como un culpable que muere sin terror y sin remordimiento. Sin religión, los hombres se harían todos egoístas, por que como no habrían de creer en la vida futura, amarian con pasión á la vida presente, y haciéndose ambiciosos por la adquisición de bienes, serían insensibles á los males ajenos, é incapaces de hacer sacrificios generosos. Por último, Señores; sin religión veríamos además aumentarse de una manera horrorosa los escándalos del duelo, del suicidio, del concubinato, y de otra porción de crímenes que la justicia humana apenas puede juzgar ni mucho menos penar; y como consecuencia horriblemente lógica de todo esto, que desenfronándose con furia las pasiones, todas, á falta de la Religión, siendo más atrevidos los vicios, multiplicándose los excesos de todas clases, y no habiendo otros medios para reprimirlos que los códigos civiles, serían indispensables, para contener á los hombres, leyes de hierro, calabozos en lugar de altares, soldados en vez de sacerdotes, un código de suplicios en lugar del Evangelio, y un régimen de terror en vez de un gobierno religioso y, por lo tanto, paternal. Por que es indudable para mí, que cuanto más se des-

prestigie ó se haga palidecer en los pueblos la religión, tanto más tienen que reprimir y castigar las leyes civiles.

Podrá suceder, quizá, que confiados algunos hombres en el estudio generalizado de las ciencias, las letras y las artes, crean poder evitar por este medio los peligros, andando el tiempo, y suplir con su eficacia en la sociedad, el influjo que hasta ahora viene ejerciendo la Religión. ¡Vana esperanza, Hermanos míos! los pueblos, en general, están muy atrasados, y se necesitan muchos siglos primero que se ilustren; y sobre todo, yo estoy muy lejos de creer que con solo las letras, las ciencias y las artes, se ha de conseguir, andando el tiempo, la completa tranquilidad, ni mucho menos la felicidad de los pueblos; porque yo sé, Señores, que así como la ignorancia tiene sus vicios, también el saber tiene los suyos; y como el entendimiento, según he dicho ya, tiene su intemperancia lo mismo que la tiene el corazón, es muy posible, es casi cierto, que la ilustración puramente material tan alavada, llegaría á ser en el hombre un instrumento más de soberbia y corrupción, contribuiría tan sólo á fomentar las pasiones, y se presentaría el mal todavía más serio, más grave, y por lo tanto más incurable.

Muchísimo más pudiera seguimos hablando para demostraros palpablemente la multitud de consecuencias horribles que se desprenden de la falta de religión; pero, ni los límites de un discurso son para tanto, ni mis fuerzas alcanzan ya á seguimos molestando; anhelo, sin embargo, como una especie de descargo mío, deciros, antes de terminar, cuatro palabras más.

Yo no ignoro que cuando el ministro de la Religión Católica deplora alguna vez los extragos que producen las doctrinas impías, y cuando expresa el deseo de ver al fin detenerse los entendimientos en la carrera de la incredulidad, se le tiene por fanático y retrógrado, y se le acusa hasta de pretender mantener la ignorancia por conveniencia y sistema, sin querer dar un paso hacia los adelantos del siglo. Pero en esto (como en otras muchas cosas) se muestra



muy injusto con nosotros el espíritu moderno. El Sacerdote ilustrado autoriza y desea que en aquellas cosas abandonadas á la investigación de la ciencia, y en aquellas otras en que descubrimientos brillantes han engrandecido el imperio de los conocimientos humanos, marchemos con el siglo, no tiene duda. Que, en aquellas en que las necesidades de los pueblos han introducido progresos en sus comunicaciones, industria y comercio, y en lo respectivo á aquellas variaciones que el curso del tiempo ha podido introducir también en las leyes ó en las instituciones políticas, ya por las formas de gobierno, ó ya por otras causas semejantes, cuando estas variaciones son justas y morales, no nos opongamos, marchemos también con el siglo; pero marchar con el siglo cuando las doctrinas libertinas continúan corrompiendo las generaciones nacientes, cuando se afecta hablar de moral para ultrajar mejor la Religión, cuando con sólo no ser cristiano se cree ser filósofo, y cuando se tienen por progresos de la razón lo que no es más que un verdadero desenfreno y falta completa de respeto, esto, hermanos míos, el sacerdote católico no lo puede tolerar; por que esto, en vez de adelantar es retroceder; en vez de sabiduría, es ridícula presunción, esto es falta de fé, de enseñanza y de buenas costumbres; esto, en una palabra, es, un crimen religioso que el ministro del Señor no puede ni debe nunca autorizar. Por lo tanto, Señores míos, demos al Siglo lo que tiene derecho á reclamar, pero sepamos reusarle lo que no sirve sino para nuestra relajación y la de los demás. Y aquí, aquí es donde, no sólo el ministro del altar, si que también los maestros y catedráticos de la juventud, la prensa, los literatos, los legisladores y los sabios, todos deben formar una santa liga contra los corruptores de la moral. Que se inspiren, si no, aun en los hombres gentílicos, pero verdaderamente grandes, de la antigüedad. ¿Qué hacían, Sócrates con sus lecciones, Catón en medio del Senado, y Cicerón en la tribuna? Luchaban contra los que adulaban al pueblo y contra los enemigos de sus doctrinas religiosas. ¿Y qué hicieron los Licurgos y los Numas, dentro tam-

bién del gentilismo, sino sostener por medio de las leyes civiles las instituciones religiosas de su tiempo? Tan cierto es, que, no ha habido, ni hay, ni habrá salvación para la sociedad, sino dentro de las ideas conservadoras de la Religión, que son las del saber, las del orden y las de la justicia.

Pues bien, Hermanos carísimos; la que tenemos la dicha de profesar, la única religión que tan pura es en su fundamento como en su moral, no sólo conserva en su seno todas las grandes virtudes, sino que además las enseña á sus hijos y las obliga á practicar. Reine, por lo tanto, oyentes míos, reine la Religión Cristiana en nuestros corazones, y vereis cómo se acaban todos los vicios y todos los desórdenes. Con el Cristianismo, Señores, si se practica bien, aprenderán, la caridad el rico, la resignación el pobre, la integridad y el saber los que mandan, la obediencia los pueblos, la buena fé y la providad, todos; y entonces, sólo entonces, podría la autoridad ser tutelar sin ser violenta, y la seguridad pública podría también hermanarse con la hermosa libertad. Y si mi voz, Señores, si mi palabra es demasiado débil para hacer prevalecer entre vosotros estas claras verdades, puedo al menos, para concluir, apoyarme en los ejemplos de Jesucristo, objeto, hoy, de nuestra piadosa veneración. Este Sér, divino y humano al mismo tiempo, mientras vivió sobre la tierra, nos enseñó á todos los hombres el verdadero camino de la felicidad moral y social. Si, Señores míos; Jesús, desde su nacimiento, nos descubre la humildad; luego, en el resto de su vida, es un portento tal de virtudes, que el hombre apenas puede enumerar. Él es el amigo de los pobres, el consuelo de los afligidos, el defensor de los débiles, el amparo de los pequeños; Él pasa su vida enseñando y haciendo bien á todos, y sus hechos no son más que prodigios de bondad. Cuando se acerca la hora de su pasión, Él contiene el celo de Pedro al quererle defender; abraza al discípulo que le vende; padece sin quejarse; ruega por los que le persiguen, y muere, no sólo perdonando, sino amando también á sus mismos verdugos. ¿Y cuál será el

blasfemo, insensato, á quien no sólo no conmueva la heróica sencillez de tantas virtudes, sino que se atreva á manchar la pureza de su doctrina? ¡Ah, gente impía, tan malvada como libertina! ¿Qué quedará libre de vuestra envenenada palabra, cuando os atreveis á censurar, y algunos hasta maldecir, á esta divina y sacratísima persona? ¡Oh! Caigan sobre vosotros, caigan el odio y la maldición execrable de todo un pueblo religioso: caiga sobre vosotros la terrible justicia de un Dios ofendido: caiga..... pero, no, Dios mío, no; piedad, misericordia, elemencia os pedimos, Señor, que así nos lo enseñásteis Vos mismo desde la Cruz; olvidad las graves ofensas que unos pocos hombres os hacen, y escuchad tan sólo las infinitas alabanzas que os tributamos la mayor parte.

Aquí, Jesús amabilísimo, aquí teneis á un pueblo fiel y devoto que, con raras excepciones, todos os consagramos nuestro contrito y apasionado corazón. Recíbidle, Señor; aceptad también estos modestos cultos que con tanto gusto y fervor os ofrece este humilísimo ministro y siervo vuestro, que agradecido á vuestros repetidos favores, los proclama hoy desde este elevado sitio, y más que nunca os venera y adora. Derramad, sobre todos, Divino Señor, un rayo de luz de vuestras lumbreras celestiales, que nos guíe sin tropiezo, á vuestra dulce, á vuestra eterna mansión. *Amén.*

